

mor compartido. En tanto figura de autoridad, el analista representa los objetos internos persecutorios; al tolerar reconocer que yo puedo no poder, se posibilita en ambos una suerte de elaboración de la angustia primitiva de castración, se bordea el límite de la omnipotencia/impotencia, tolerándose la herida narcisista de la incompletud e impotencia. No por gusto, el humor nos permite reírnos de alguna situación en la que simultáneamente estamos penosamente atrapados.

Otro ejemplo ocurre mientras saludo a una paciente llamándola por otro nombre; ella me responde, con ironía: “Mal comienzo si no sabes quién soy”. Aceptando el lapsus y tolerando mi error, le contesto: “Bueno, pero no tan malo porque todavía sé quién soy yo”.

Vemos aquí cómo es la paciente quien recurre al humor irónico, conteniendo sus presiones narcisistas y ansiedades confusionales. En este caso, el vínculo analítico previo se ofrece como un sostén, lo cual me permite acceder a una intervención que aún no he perdido, la noción de mí, dejando entrever entre líneas que también podría perderla y ser todo un caos.

La palabra humorística revela lo que aún podría ser peor: perder uno la noción de sí, estar en la locura. Ambas reímos, sorteando así una de las angustias esenciales: el temor a la locura, que encubre, a su vez, el temor a la muerte. Adicionalmente, aquel momento de humor compartido en la sesión posibilitó a su vez la emergencia del *insight*, asociando más adelante una profunda rivalidad con una de sus hermanas, la más parecida a ella físicamente: sentía que esta hermana la copiaba, le robaba sus experiencias, interfería en sus vínculos, intentado ser su clon.

¿Qué tienen en común estas historias? A pesar de estar descontextualizadas de la sesión y de la historia, en (todas) ellas se puede apreciar la relación, el vínculo intersubjetivo y cómo los dos personajes en acción han compartido una imagen particular, común solamente a ellos en esa específica situación.

La analista ha empleado su sentido del humor dirigiéndolo hacia ella misma; sin embargo, ha tenido un efecto inmediato en los pacientes porque ha posibilitado una transformación de las emociones negativas que estaban envolviendo la relación en ese momento, creándose un espacio común de sostén. La interpretación humorística ha permitido tolerar mejor los afectos displacenteros en ambos, sin negarlos, convirtiendo un momento de tensión y desencuentro en una posibilidad de vínculo e *insight*.

La correcta captación empática del analista produce una íntima y profunda comunicación mutua, nos dice Yampy (1983), por eso las interpretaciones con humor son decisivamente operantes y mutativas.

Creo realmente que cuando, por medio del vínculo analítico, se puede transformar una relación transferencial de naturaleza persecutoria, es cuando puede surgir el humor en sus múltiples matices. La capacidad para el juego y la sublimación se interconectan gracias al humor, que es el juego del adulto con palabras.

## Referencias

- Pasquali, G. (1988). Algunas anotaciones sobre el humor en el psicoanálisis. *Libro Anual de Psicoanálisis*, 3, 173-178.
- Yampy, N. (1983). Acerca del humor y el insight. *Revista de Psicoanálisis*, 40(56), 1173-1181.

Carlos Brück\*

## Saber hacer/hacer saber

El humor le impone un sitio al castillo del significante. Necesariamente, estas líneas comienzan con esta imagen porque, a su modo, el humor tiene la cualidad de enfrentarse a un procedimiento subjetivo que los analistas llamamos la desdicha de la vida cotidiana. Una situación que no se aligera con el voluntarismo de convencer a un sujeto aferado a su padecimiento. Esa desdicha que le ha permitido circular con el bastón de la queja como si fuera su tarjeta de presentación.

Por el contrario, el humor es una permanente falta de respeto a esa tarjeta de cartón rígido y letras sombrías que se supone que forma parte de las mejores galas con las que, en ocasiones, la neurosis circula por la consulta. Si esa tarjeta es un hábito que tiene que ver con la solemnidad, por el contrario el humor no tiene ninguna relación con la frivolidad o la falta de consideración por los afectos del analizante.

En ese sentido, el humor es ejemplar, es un modo de intervención, nunca un modo de vida del psicoanalista en su consultorio. Le corresponde, en la dirección de la cura, la claridad de no permitir hacer aun más consistente aquello que podría tener más liviandad o alivio.

También, en ese sentido, el humor es una intervención de corte sobre el apegamiento a un significado a la manera en la que Cyrano de Bergerac andaba por el mundo, abrumado por

su apariencia, o a lo que, muchos años antes, Quevedo describiera impecablemente de forma gráfica como un hombre a una nariz pegado. El humor se propone entonces el corte de esa sutura, de ese apegamiento del sujeto a una particular manera de gozar.

En una ocasión en la que un analizante no dejaba de recurrir a las vicisitudes de su pasado (en lo que Lacan llamaría quizás unas bodas taciturnas), mi único comentario fue: “Parecería que usted se entretiene paseando por el panteón familiar”. Al desconcierto inicial por no haberme tomado en serio lo que él proponía, le siguió una reubicación de su transcurrir, de su dramática. Este término poco tiene que ver, por el contrario, con el drama, un género que excluye cualquier otra manera de transitar la vida.

Poco después, se me hizo claro que mi intervención tenía una filiación con aquel relato freudiano de esos dos sujetos, pobres de toda pobreza, que visitan el hábitat mortuorio de la familia Rothschild. Ante tanto despliegue de mármoles, columnas, trompetas con el mejor bronce y leyendas doradas, uno le dice al otro: “¡Esto es vida!”.

Mi intervención en esa sesión no fue original, en el más equívoco sentido de la palabra, sino que se sostuvo en la singularidad, pero, sobre todo, en la posibilidad y la oportunidad de hacer girar en alguna otra dirección lo que ya estaba excesivamente supuesto por el analizante.

\* Presidente de la Fundación Proyecto al Sur.

Daniel Rodríguez\*

## El humor y su lugar en la cultura actual

Etimológicamente, la palabra *humor* tiene dos orígenes históricos, biológico-hormonales: uno latino, en el que los términos *humor* y *humoris* aluden al líquido y a la humedad, y otro de la medicina griega, que supondría la existencia de cuatro líquidos -sangre, bilis amarilla, bilis negra y flema-, y su equilibrio determinaría un buen humor en el sujeto, mientras que con el aumento de la bilis negra, experimentaría pesimismo y tristeza.

En contraposición, Freud desarrolló la temática del humor desde el punto de vista psicoanalítico y sus tópicos, según el cual el equilibrio entre yo y superyó permitiría tomar distancia de los determinantes aparentemente genéticos antes mencionados, guardando más bien relación con la crianza, el desarrollo y la inserción social del ser humano.

Esta posición permite pasar revista a la relación que se va dando entre el humor y distintas concepciones de la vida comunitaria como para empezar a pensar que el humor tendría que considerarse, como dije y escribí alguna vez, una “cosa seria”.

### Humor y pensamiento crítico

Comenzando con la relación pensamiento único/pensamiento crítico, nos referiremos a la cuestión del doble sentido que puede tener una palabra, tal como Freud lo planteara en

uno de sus escritos referidos al chiste en el que nos mostraba cómo algo expresado conscientemente puede tener otro significado profundo, y así nos damos cuenta de cómo el humor guarda más relación con el pensamiento crítico que con el pensamiento único que borra diferencias forzando falsas uniformidades.

En una anécdota útil para el tema, hablaremos de un joven al que denominaban “primer nieto” por su compulsión de perseguir a las mujeres de su pueblo. Cuando alguien preguntó acerca de la razón del apelativo, le respondieron que, al igual que los nietos, **él** estaba siempre “alzado”. Reírnos supone conocer la doble significación de la palabra *alzado* en ese pueblo, a saber: excitación sexual de un sujeto/cuidados de un bebé.

En otro ejemplo, surgido de un curso sobre problemáticas de género, se dio una situación que nos será útil. En ella un docente utilizó una diapositiva que mostraba una escena que transcurría en una estación de ferrocarril donde un hombre y una mujer, tomados de la mano, se despedían diciendo:

-¿Me vas a extrañar, mi amor?  
-Lo intentaré.

En la imagen no figuraba quién era quién, y se generó una situación en la que una alumna del público que no se rió como el resto dijo: “¿Cómo sabemos quién dice cada cosa?”.

Y si en mi intervención estaba encontrándome implícitamente con Freud, vamos a buscarlo en un lugar preciso fuera de toda literalidad, cuando más de una vez se le ocurre que el humor es el único medio en el que el Superyó se permite decirle al sujeto, palabra más, palabra menos, que la vida puede ser parecida a un juego de niños, sin la abrumadora carga del Yo Ideal.

Por ello, hay que tener en cuenta la multiplicidad de semblantes que pueden mostrarse descartando la abrumadora rigidez caracterial. Esa que (y me permito una humorada) hizo que los dinosaurios fueran tan pesados que solo les quedó el destino de ser petróleo.

En los términos freudianos, aunque nunca hubiera sido dicho así, hay una frase que es la operatoria del humor: “No es para tanto”. Y, sin desestimar, cortar por lo sano. Dejemos de lado cualquier controversia sobre qué es lo sano para poner en primer plano la cuestión del corte.

Como le sucedió a un muchacho que suponía que su vida debía obedecer a ciertos cánones del romanticismo: vivir con desolación la vida cotidiana, ya que él suponía que eso podía ser fascinante para el legado materno que había recibido. “Te faltaría ponerte polvo de arroz en la cara para que esté tan pálida como la que contás”. Un silencio y una carcajada imprevista fueron la señal de que algo había dado en el blanco. Algo que tenía que ver con el *saber hacer* del humor que así, sin aviso, daría lugar a una frase que circuló de diversas maneras, sugiriendo que si no se puede cambiar el país, será necesario cambiar de conversación.

Esto no implica ni resignación ni acomodamiento, sino advertir que *ese país* puede tener fronteras móviles y otros goces que aquellos que son elegidos por el sujeto para su propia mortificación.

Es en esa delgada línea que el humor hace lo suyo, afirmando que si el *parletre* se desvive por atribuir sentido, hay (como probablemente diría Freud) una otra cosa y algo más que una vía única para eso.

Y, volviendo a lo único no tan único, mis incursiones y mi interés en conceptualizar sobre el humor se plantearon leyendo una vez más a Freud. En distintos momentos -que, al igual que esta sección, podríamos llamar de vórtice- él refiere su atracción por el idioma español como punta de lanza para leer el Quijote y, sobre todo, divertirse con las andanzas de aquel Hidalgo que, con una bacinilla como yelmo, atropellaría molinos de viento.

Esta sonrisa del Maestro volcó mi lectura hacia otro lugar, cambió cierto aburrimiento escolar que había sucedido cuando, siendo un niño me habían impuesto leerlo, y le dio una vuelta. Comprendí en esta revisión que el libro de Cervantes era una fina ironía acerca de los Caballeros de la Tabla Redonda y que, en esa ironía, en esa toma de distancia que imponía el humor, también se planteaba la falta de respeto por aquello que se había consagrado con el puntero de maestras y maestros.

Y que no era para tanto.

Y que, por supuesto, había otras maneras de afrontar la angustia cuando algo declinaba, ya sea la Misión como en los tiempos de Sir Gawain o Lancelot, o, entre nosotros, las versiones del nombre del Padre.

Claro está que ante el duelo y la melancolía se pueden requerir también otros artificios, pero el humor -y en nuestra clínica- es uno de los recursos para confrontar con la angustia cuando ella emerge, *anfibia*, de la marea de lo Real.

### Referencias

- Brück, D. y Díaz, G. (1988). *Acerca del humor: Anotaciones, conversaciones, fragmentos*. Buenos Aires: Tekne.
- Doolittle, H. (1979). Escrito en la pared. En H. Doolittle, *Tributo a Freud (cartas)*. Buenos Aires: Schapire.
- Freud, S. (1969). *Cartas a la novia*. Buenos Aires: Tusquets.
- Lacan, J. (2006). *El seminario de Jacques Lacan, libro 23: El sinthome*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1976).
- Rudy. (2001). *Freud más o menos explícito*. Buenos Aires: Planeta.

\* Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires.